

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 14 DE NOVIEMBRE DE 1909

NÚMERO 98



EL GORRO DEL CLOWN

Al encontrar cerrada la puerta del colegio nos quedamos mustios y cariacontecidos Pepín Rebollo, Lucas Fresnedá, Julio Páez y un servidor de ustedes. Ninguno nos decidimos á poner la mano en la pata de cabra que servía de remate al cordón de la campanilla, porque bueno será advertir que en mis felices tiempos de estudiante no se conocían los llamadores eléctricos.

Ayuntamiento de Madrid

Los cuatro señores veníamos á la sordina y rápidamente acerca de la resolución que debíamos adoptar en tales circunstancias.

Nuestro profesor era un hombre buenísimo, un alma de Dios que debía tener por corazón un pedazo de mantequilla de Soria. ¡Tan blando era para todas nuestras travesuras! Pero se transformaba en un tigre en cuanto se retardaba alguno en entrar á clase. Las faltas de puntualidad en esto le ponían fuera de quicio. Primero endilgaba una filípica al "faltón", y para hacer inolvidables sus palabras, requería la palmeta y ¡zas!, ¡zás!, ¡zas!, su docenita de palmetazos. Un horror, hijos, porque en aquel entonces imperaba como axioma educativo que la letra con sangre entra. Y los maestros ejercían su noble magisterio colgándose la palmeta como un dije de la muñeca.

Todo era preferible para nosotros antes que aguantar en comandita cuatro docenas de palmetazos.

—¡Vámonos!—dijo resueltamente Pepín Rebollo.

—¿Y adónde?—pregunté yo.

—¡A la calle!

—¡A la calle no!—protestó Fresneda, que era un chico que nunca se encontraba conforme con la opinión del prójimo.—¡Vámonos á las ferias!

—¡Sí, sí, á las ferias!—afirmamos todos encantados.

Salimos á la calle, y hechos unos bigardos, nos dirigimos al ferial situado en los alrededores del Jardín Botánico.

Jugando y riendo y con los ojos puestos en todos los transeuntes, salvamos la larga distancia que había del colegio á las ferias.

Entre todos reunimos 16 cuartos, aproximadamente 10 *perras grandes* de la moneda actual. Con aquella fortuna podíamos darnos un banquete de torraos, churros, azufaixas, madroños ó cualesquiera otras chucherías por el estilo.

Empezábamos á sentirnos abrumados de mortal aburrimiento, porque para cuatro caballeretes que hacen rabona al colegio y tratan de divertirse en grande, no ofrecían grandes motivos de regocijo ni los inacabables puestos de libros viejos ni los de quincalla y frutas de la estación. ¿Y á esto se reducían las ferias...? Más nos hubiera valido aprovechar tarde tan hermosa en irnos á jugar un marro á la plaza de Oriente ó, mejor aún, al Campo del Moro, que en tal época era lugar abierto á toda clase de vagabundos y perdularios.

Estábamos á punto de bostezar de hastío, cuando atisbamos un barracón enorme en el que se anunciaban en cartelones horriblemente pintarrajeados de almagre y de azul *la mujer de dos cabezas, el hombre tortuga, la niña de fuego* y otros estupendos fenómenos "nunca vistos en el mundo".

—¡Vámonos á ver eso!—indicó Julito Páez con la decisión de un hombre acaudalado que puede satisfacer todos los caprichos que se le antojan.

—¿Y el dinero?—preguntó friamente Fresneda.—La entrada cuesta ocho cuartos...

—Pero—objeto triunfante Rebollo, señalando uno de los cartelones de la barraca—los niños y militares, á mitad de precio; así es que con cuatro cuartos por barba...

—¿Y los churros y las azufaiñas que hemos comprado...?—replicó Fresneda.—Teníamos 16 cuartos, hemos gastado 10, nos quedan seis.

Ante la aplastante lógica de la réplica, Rebollo, Páez y un servidor dirigimos al de las matemáticas una mirada de admiración y de despecho, mientras que suspirábamos por no sernos posible gozar del espectáculo sorprendente que ofrecían la mujer de dos cabezas, el hombre tortuga y la niña de fuego.

—Pues en ese caso, ¡vámonos á casa!—murmuró melancólicamente Páez, el autor de la proposición.

—¡Quia, no, señor!—protestó Fresneda, ¿quién había de ser?—Vamos á oír las barbaridades de ese chico que hace de *clown* y que toca el bombo con tanta furia.

A falta de cosa mejor con que divertirnos, aceptamos el entretenimiento indicado por el espíritu de contradicción que nos acompañaba.

Fuimos á engrosar la muchedumbre de papamoscas que había estacionada delante de la barraca, deleitándose con el grotesco recitado del *clown*, un chicuelo, poco más ó menos de nuestra edad. Sobre las cejas, y alrededor de los labios, unas líneas rojas daban á su enyesada fisonomía un aspecto dolorosamente bufonesco. Tenía el gorro en forma de cucurucho, y el resto de la indumentaria apropiada á su risible papel. Con la diestra, mano de niño, apenas si podía abarcar el mango de la maza con que, á ratos, golpeaba un bombo descomunal, que sonaba atronadoramente, como si descargasen cañonazos.

Continuará.





LA PRINCESITA

CONTINUACIÓN

- vo, como ahora parece que lo hay, soy el primero en acudir á poner remedio. Colocaré guardias en el Parque que impidan á ese niño sus escapatorias, y se averiguará qué gentes son esas que visita.
- DOCT. Eso lo sé ya, excelentísimo señor. Es una barraca de gitanos ó bohemios, músicos y danzantes.
- DUQUE. ¿Y estáis seguro de que Estebanillo salía de allí?
- DOCT. Como que tuvo la avilantez de proporcionarme que entrara yo.
- MARQ. ¿Vos? ¿A qué?
- DOCT. Á que visitara, como médico, á uno de los de la banda. Figuráos qué locura. Como yo le dije: “¿Crees, desdichado, que el médico de la Real Cámara va á penetrar en un antro de miseria, exponiéndose á llevar el contagio al propio Alcázar de nuestros soberanos?”
- MARQ. ¡Muy bien dicho!
- DOCT. Harto grave es, por lo mismo, que Estebanillo, después de estar en esos tugurios, venga al lado de Su Alteza.
- MARQ. ¡Callad, callad; me estremezcó de pensarlo!
- DOCT. Voy, pues, con vuestro permiso á daros parte por escrito de no haber podido visitar á Su Alteza.
- DUQUE. No os molestéis, pues ya me doy por enterado.
- DOCT. (*Haciendo una gran reverencia y retirándose.*) Perdone vuecencia, pero el servicio es el servicio, y mi deber es mi deber.
- MARQ. Duque, subongo que me haréis la justicia de creer que no hablo nunca á humo de pajas, como dice el vulgo.
- DUQUE. Podéis estar tranquila. Voy á tomar mis medidas. (*Sale precipitadamente.*)
- MARQ. Si no fuera por mi previsión y mi talento, ¿que sería de la educación de esta princesa?

LA MARQUESA Y ESTEBANILLO

- EST. Señora marquesa, Su Alteza me encarga...
- MARQ. Su Alteza no recuerda, sin duda, que yo no tengo que recibir sus órdenes comunicadas por un paje.
- EST. Si lo recuerda ó no, yo no lo sé; pero yo cumplo con repetiros lo que me ha dicho.
- MARQ. Puedes ahorrarte ese trabajo, porque yo no he de escucharlo de tus labios. (*Va á la puerta por donde ha salido el paje y, al ir á entrar, se cierra la puerta de golpe.*) ¡Dios mío! ¿Será posible? ¡Darne con la puerta en las narices, como dice el vulgo! ¿Habrà sido el viento el que ha cerrado?
- EST. Naturalmente. Sólo el viento se puede permitir un atrevimiento tan grande contra vucencia.
- MARQ. Llama inmediatamente á esa puerta, Estebanillo.
- EST. Perdone vucencia; yo no tengo categoría para tomarme esa confianza con Su Alteza.
- MARQ. Te lo ordeno yo.
- EST. En ese caso, llamaré; pero conste que yo nunca me meto en camisas de once varas, como dice el vulgo. (*Remedándola.*)
- MARQ. ¡Te he dicho que llames!
- EST. ¿Cómo debo hacerlo?
- MARQ. Con los nudillos y respetuosamente.
- EST. ¿Así? (*Llama á la puerta muy quedo.*)
- MARQ. Así no te oírà.
- EST. ¿Con menos respeto entonces?
- MARQ. ¿Te estás burlando de mí?
- EST. Líbreme Dios de tal pecado. ¿Cuántos golpes he de dar?
- MARQ. ¡Esto no se puede resistir! ¡Puesto que el duque no sabe ó no quiere poner remedio, yo veré á Su Majestad. (*Sale muy enfadada. Estebanillo se queda riendo, y aparece la princesita.*)

LA PRINCESA, ESTEBANILLO Y DESPUES EL PRECEPTOR.

- PRIN. ¿Qué ocurre?
- EST. Nada, señora, que la marquesa del Girasol se marcha ofendidísima porque el viento ha cerrado la puerta, y yo no acierto á llamar con arreglo á la etiqueta.
- PRIN. Dichosa etiqueta. Segura estoy de que mi aya va á armar ahora un gran caramillo por esa tontería. Y tú también parece que te complaces en hacer que se desespere.
- EST. ¿Yo, señora?
- PRIN. Tú; no pongas esa cara de inocente. Siempre estás haciendo diabluras para mortificar á la maronesa. ¿Crees que lo ignoro? ¡En Palacio todo se sabe! ¿Quién echó pimienta en su tabaquera para que la infeliz estuviera estornudando ayer durante todo el concierto? Eso es una picardía.
- EST. Señora, yo no...
- PRIN. Calla y no mientas, porque eso es todavía peor. Nada me disgusta tanto como una mentira. Abusas del cariño que te tenemos todos en Palacio por ser huérfano de un bizarro capitán, y no reparas en que tus locuras pueden costarte muy caras. ¿Sabes lo que dicen de ti? Pues aseguran que por la noche saltas las tapias del parque y vas á los barrios donde vive la gente más perdida. Yo no he querido creerlo. ¡Eso no puede ser cierto! ¿Callas? Será posible que tengan razón los que te acusan.
- EST. ¿Me acusan?
- PRIN. El doctor lo anda diciendo, y por eso no me he atrevido á recibirle esta mañana antes de hablar contigo de

(Continuará.)



RELATOS DE CAZA

UNA HAZAÑA DE PEPILLO

Uno de los más gratos placeres que doña Remigia disfrutaba era llegar al corral llevando entre sus brazos un barreño lleno de cáscaras ó mondaduras de patatas cocidas y amasadas con suave moyuelo y ver cómo, en cuanto abría la puerta, todas las gallinas avanzaban en polícroma y cacareante avalancha, saltando sobre sus brazos, metiéndose de patas en la comida y aun posándose sobre sus hombros. Aquel día, como casi todos, acompañóla su hijo Pepillo, y cuando hubo acariciado á todas sus amigas y visto si habían henchido los buches y besado á la predilecta, que era una hermosa gallina de dorada pluma, volvióse á sus habitaciones, no sin mandar á Pepillo que mirara lo que hacía. El rapaz, en cuanto se vió solo, sacó de entre unas tinajas un cepo, preparólo con la consabida miga y, sin encomendarse á Dios ni al diablo, lo colocó en un rincón del corral, y viendo á los gorriones que por las escarchadas bardas se paseaban, les dijo, si no con los labios, al menos con el pensamiento:

—¡ Ahí tenéis dispuesto el desayuno... !

Para acechar á sus víctimas, el cazador se escondió detrás de una tinaja vieja y medio rota y con paciencia digna de Job se dispuso á esperar los acontecimientos. En esto las gallinas, terminada ya la pitanza del barreño, se pusieron á pasearse por todas partes. Cuál se fué á

escarbar en el estercolero; cuál, puesta sobre una piedra como encima de una atalaya, parecía vigilar á sus compañeras; cuál, haciendo un hoyo en la removida tierra, se dormía plácidamente al sol; pero los gorriones, como si olfatearan el peligro, seguían en las bardas piando y dando saltitos, por lo que Pepillo se desesperaba ya en su escondrijo. La gallina dorada acercóse en una de sus idas y venidas al cepo y, como viera la apetitosa y tentadora miga, llegóse resueltamente, y, á pesar de los gestos del rapaz que quería espantarla, picó y quedó cogida del pescuezo. Ella, que se sintió medio asfixiada, corrió con el cepo colgado trazando grotescos pasos de baile, y las demás, al verla, comen-



zaron á cacarear capitaneadas por el gallo. El escándalo subió de punto cuando Pepillo echó á correr como un loco detrás de la pobrecita *Dorada*. Tanto chillaron las perseguidas avecillas que oyéndolas doña Remigia desde su cuarto, acudió y, visto el lastimoso cuadro, montó en cólera, marchóse y tornó á poco con unos zorros en la mano, poniéndose en persecución de Pepillo que no hacía caso de sus voces. Lo que sucedió después se resiste á la más templada pluma. El cepo apretó tanto á la *Dorada* que la asfixió; doña Remigia, al mirarla muerta, azotó de lo lindo al rapaz y tiró el cepo á un tejado, y Pepillo, al ver que en torno de éste se agolpaban los gorriones para examinarlo, exclamó entre sollozos, sin cuidarse de los golpes que sobre sus espaldas llovían:

—¡Era el mejor y con el que más pájaros he cogido...!

JOSE A. LUENGO.



BOULOGNE, CUADRO DE M. H. ORANGE

Uno de los sueños audaces de Napoleón, demostrativos de su ambición inusitada, fué el de guerrear con Inglaterra. De este proyecto se ocupó durante tres años. Hizo construir en Boulogne una escuadra, for-

mó sus tripulaciones y acostumbró á las tropas á los ejercicios propios de sus nuevos deseos. El mismo dejaba inopinadamente París yendo á inspeccionar los trabajos, á mantener el fuego sagrado entre los suyos.



LA ABEJA Y LOS ZÁNGANOS

A tratar de un gravísimo negocio
se juntaron dos zánganos un día.
Cada cual varios medios discurría
para disimular su inútil ocio;
y por librarse de tan fea nota,
á vista de los otros animales,
aun el más perezoso y más idiota
quería bien ó mal hacer panales.
Mas como el trabajar les era duro,
y el enjambre inexperto
no estaba muy seguro
de rematar la empresa con acierto,
intentaron salir de aquel apuro
con acudir á una colmena vieja
y sacar el cadáver de una abeja
muy hábil en su tiempo y laboriosa;
hacerla con la pompa más honrosa
unas grandes exequias funerales
y susurrar elogios inmortales
de lo ingeniosa que era
en labrar dulce miel y blanca cera.
Con esto se alababan tan ufanos,
que una abeja les dijo por desquite:
“¿No trabajáis más que eso? Pues hermanos,
jarnás equivaldrá vuestro zumbido
á una gota de miel que yo fabrique.”
¡Cuántos pasar por sabios han querido
con citar á los muertos que lo han sido!
Y qué pomposamente que los citan.
Mas pregunto yo ahora: ¿Los imitan?

TOMAS IRIARTE.

Ayuntamiento de Madrid



LAS BONDADES DE NINI

.....
—¿Qué es esto?

—¡Anda, qué raro!

—¿Pero qué haces tú ahí en la cama, Enrique?

—¿Y tú en esa, Niní, qué haces?

—¡Pero si antes no había más que una cama en mi cuarto!

—¡Pues ahora hay dos!

—¡Anda, qué lío!

Se abrió la puerta y entró Piluca; al verla, Enriquito y yo la preguntamos á un tiempo:

—¿Qué es esto, Piluca? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estamos en la cama? ¿Y por qué hay dos camas?

—Si chilláis los dos á un tiempo no podré contestaros—dijo Piluca.

—Pues me callaré yo—dijo Enriquito.

—¡No, señor, yo!—contesté, porque no se creyesen que era yo menos buena que él.

—¡Que yo me callo!—gritó Enrique.

—¡Que me callo yo!—grité yo.

—¡Que me marchó y os dejó solos!—dijo Piluca.

Y nos callamos los dos.

—Pues flojito susto nos han dado estos arrapiezos...—empezó á decir Piluca.

—¡A mí no me llamas eso!—grité.

—¡Ni á mí tampoco!—gritó Enrique.

—¡Ea, que me voy!—volvió á decir Piluca.

Y nos callamos otra vez.

—¡ Menuda vomitona habéis tenido! ¡ Vaya un coliquito de castañas! ¡ Si nasta habéis perdido el conocimiento y hemos tenido que llamar al médico!

—¿ A D. Manuel?—grité.—¡ Huy qué gusto! Ya verás, Enriquito, ya verás qué señor médico más guapo y más cariñoso. ¡ Y trae caramelos en los bolsillos, no creas!

—¿ Va á venir pronto?—preguntó Enriquito.

—¿ Pero aún pensáis en comer, con la indigestión que tenéis, criaturas?—dijo Piluca.

Bueno; el caso es que llegó D. Manuel, y nos apretó mucho la tripa, y ¡ claro! nosotros gritamos. Además nos levantó los párpados para ver los ojos por dentro, y nos tocó la frente, y nos cogió la mano, y nos hizo sacar la lengua... ¡ qué sé yo cuántas cosas! Luego dijo con voz muy fuerte:

—¡ Una arroba de aceite de ricino para este par de diablillos! ¡ Vaya una pared de castañas pilongas que tienen dentro de su cuerpo! ¡ Ni con piqueta se les va á poder echar abajo! ¡ Qué barbaridad! ¡ Esta señorita Niní se ha empeñado en morir de alguna atrocidad que haga!

Yo me quedé asustadísima al ver lo enfadado que estaba D. Manuel. ¡ Mire usted qué cosas! ¡ Y todo por haber gastado dos duros en castañas pilongas! ¿ Quién se lo había de figurar?

Y el caso es que sí que me encontraba yo muy mala; y Enriquito debía estar también muy malo, porque tenía la cara ¡ más amarilla!

—¡ Ay, D. Manuel! ¡ Que me sube otra vez la bola del estómago!

—¡ A escape por el aceite ricino!—mandó D. Manuel.

—¿ No me puedo ir al colegio?—pregunté.

—¡ Sí, sí! ¡ Buen colegio nos dé Dios!—respondió.—¡ Ya tenemos para días!

Trajeron el aceite, ¡ qué porquería!, y nos lo hizo tomar D. Manuel, y luego preguntó á la mamá de Piluca y Enrique y á la mía, que habían entrado:

—¿ Quién va á cuidar á estos chicos? Porque tienen fiebre.

Y antes de que las mamás contestasen, exclamó Piluca:

—Yo los cuidaré, D. Manuel.

M.^a ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



DON PABLO MORILLO

Este insigne caudillo, que comenzó la carrera militar formando fila como recluta y la acabó de teniente general del Ejército español, tuvo por cuna al modesto lugar de Fuentesecas, naciendo, de padres de honradas familias de labradores, el día 5 de Mayo de 1778. Por



una travesura de muchacho marchó á Toro, donde sentó plaza el 19 de Marzo de 1791, en una bandera del Real Cuerpo de Marina que en ella se hacía. Trasladado al Ferrol, formó parte del ejército que desembarcó en la isla de San Pedro en Cerdeña y del que sitió á Tolón, tomando parte en siete acciones cuando aún no había cumplido quince años.

El valeroso jovenzuelo, admiración de sus encanecidos jefes, restablecido de la herida que le causaron en el último encuentro, volvió al fuego en la lucha del 13 de Agosto del 94 en las alturas de Cullera (Cataluña) y en el asedio de la Trinidad en Rodas, no cesando de entrar en combate hasta que en el ataque

naval del 14 de Febrero de 1797 cayó prisionero á bordo del navío *San Isidro*.

Recobrada la libertad, pelea en Cádiz, y con el grado de sargento en la gloriosa batalla de mar de 21 de Octubre de 1805 sobre el cabo de Trafalgar, en la que fué herido y prisionero.

Tan luego invadieron á España las huestes imperiales del ambicioso Napoleón, siendo subteniente del regimiento de voluntarios de Llerena, concurrió en 19 de Julio á la memorable batalla de Bailén, que tanto aminoró el prestigio de las fuerzas francesas, distinguiéndose tanto que Castaños le dispensó desde entonces su protección. En Yélvez, Almaraz, Puente de Conde, Cádiz, Madrid y Somosierra dió muestras cumplidas de su talento y militar temple y especialmente las tres veces que por orden del general Vázquez Somoza salió disfrazado á observar los movimientos del enemigo.

Ascendido á teniente por tan señalados servicios, pasó á Extremadura, y aquí, igualándose á los inolvidables caudillos españoles del siglo XVI, sofocó con su autoridad y arte el motín del ejército de la región, devolviendo la confianza á las tropas y la autoridad á los jefes.

Destinado á Galicia para que la defendiera del francés, organizó partidas de guerrilleros, disponiéndose á la recuperación de aquellas las más bellas provincias de España, al tiempo que estaban en poder del general enemigo Sout. Mil torturas tuvo que sufrir el heroico militar, pero ninguna le restó energías, ni para pedir la rendición de Vigo, ni para vencer las dificultades que ponía á sus empresas el cuartel general de la nación.

El pueblo, que sabe mejor que nadie definir lo bueno de lo malo, las venció todas, aclamándole coronel; reconocido como tal por soldados y paisanos, desempeñó mejor la obra que realizaba en pro de la independencia, llegando á hacer que el mariscal Manchuhe retrocediera á la Coruña, y que Ney, á quien atrajo á San Payo, tuviera, después de luchar con los 10.000 españoles allí apostados, el 7 de Junio de 1809, que atravesar el nutridísimo fuego que Morillo desde el puente le hacía y ponerse en huida hacia Turón, perseguido por él sin duelo hasta que la noche hizo imposible seguir castigándolo.

Nombrado general, y ya formado su famoso regimiento de la Unión, al concluirse la batalla de Albuera, quebranta las tropas del napoleónico Marmont, las del coronel Normant, á quienes sorprendió en Belalcázar, y las que acampaban en Talarrubias. Contribuye luego al sitio y reconquista de Badajoz, á posesionarse de la Mancha hasta Almagro y, más tarde, á expulsar á los franceses de Alba de Tormes. En la batalla de Vitoria recibió una nueva herida, mas por esto no dejó de seguir la fuga del rey José Bonaparte, de atacar á sus tropas en las cercanías de San Juan de Pie de Puerto, de ocupar gloriosamente las faldas del Mordarín y de tomar parte en la batalla de Tolosa. batalla de Tolosa.

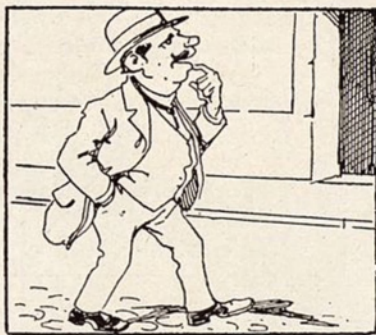
Concluída la guerra de la Independencia, el 2 de Abril de 1815 se le confiere el empleo de teniente general y el mando en jefe del ejército expedicionario que marchó á Costa Firme á sofocar la insurrección que minaba las colonias españolas de América Central.

Sus imperecederas hazañas crecieron en aquellos territorios, obteniendo laureles en la conquista de la isla Margarita, en la plaza de Cartagena de Indias, refugio de los rebeldes, y en la batalla de la Puerta, donde una lanza enemiga le atravesó el vientre de parte á parte. Tan pronto regresó á España fué, en 1821, nombrado general de Castilla la Nueva y, años después, de Galicia.

Los hechos de caudillo tan loado los olvidaron las Cortes Constituyentes de Cádiz, realizando la ignominia, en Agosto de 1823, de desvirtuirle de sus honores y jerarquía. Los reyes borraron tan gran atropello reconociendo sus dotes singulares y honrándolas con los títulos de conde de Cartagena de Indias y de marqués de la Puerta y con otras mercedes que de justicia se le debían. Después de su muerte, ocurrida en Bareges el 27 de Julio de 1837, la patria colocó su nombre entre los de las grandes figuras que tienen preferencia en la Historia.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.

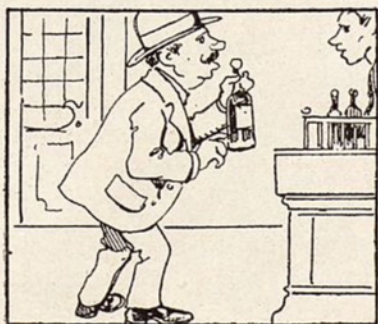
EXCESO DE PRECAUCION



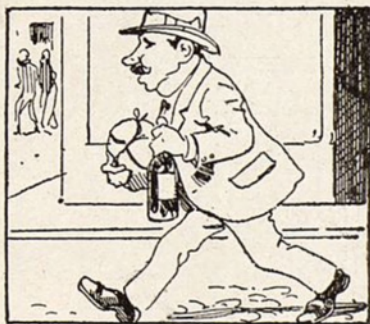
D. Aniceto, glotón empedernido, decide darse una merienda *super*.



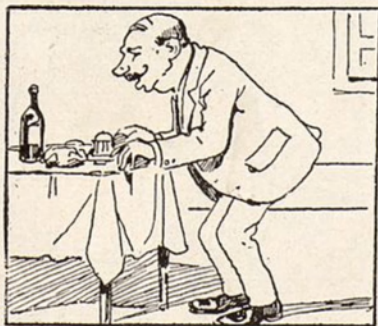
Compra en una repostería abundante surtido de cosas ricas.



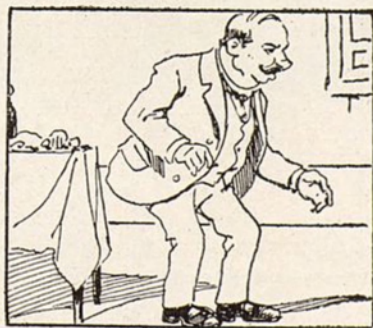
Después, en un almacén de vinos generosos, una botella de Jerez extra.



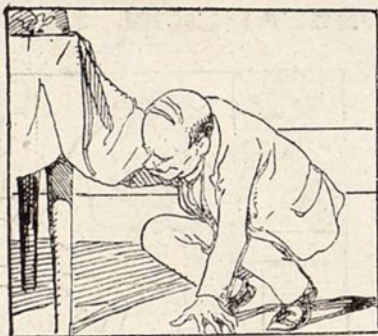
Tan agradablemente cargado, y relamiéndose de gusto, se va para casa.



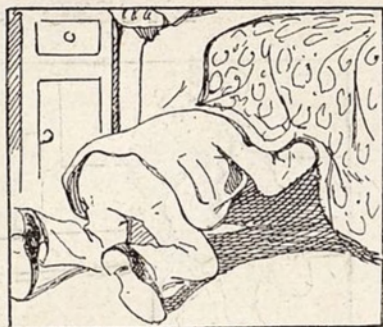
Coloca todo sobre la mesa, y se decide á comenzar el ataque.



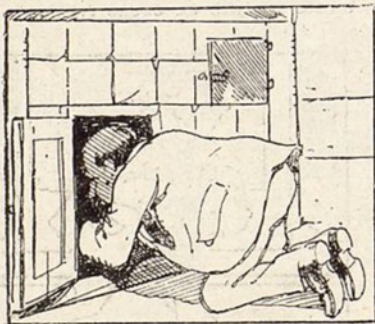
Pero antes piensa encerrar al gato, que es muy goloso.



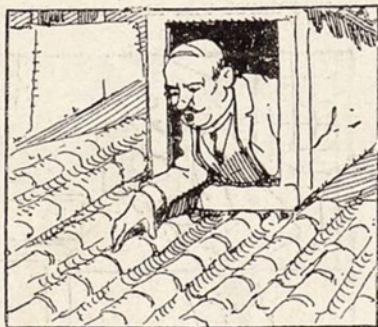
Y viendo que no ac. de al *mis*,
mis, le busca debajo de la mesa.



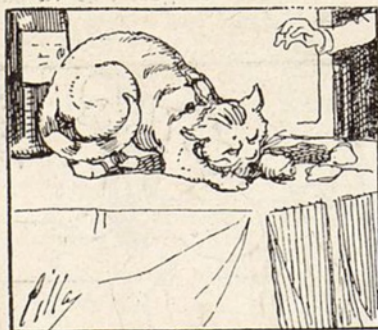
Mira también, aunque inútilmen-
te, debajo de la cama.



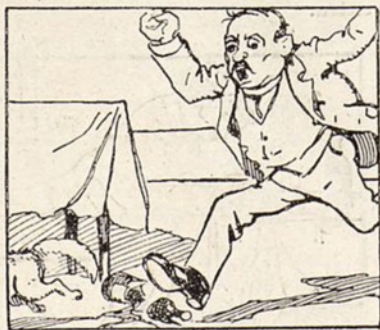
En los tenebrosos rincones de la
sucia carbonera.



Subiendo hasta la buhardilla,
para ver si estaba en el tejado...



Mientras tanto el goloso gato
daba tranquilamente fin de las
viandas.



Al huir, sorprendido, tira la bo-
tella, dejando á D. Aniceto deses-
perado, sin comerlo ni beberlo.